



ROMANCE TRAGICO  
DEL

**CONDE D. VITORINO,  
Y LA BELLA LENIA,  
PRINCESA DE DINAMARCA.**

*Refiérense los raros sucesos que acontecieron á estos amantes,  
y el placentero fin que tuvieron sus amores; con lo demas  
que verá el curioso lector.*

PRIMERA PARTE.

**E**scucha, auditorio noble,  
una historia verdadera,  
que en láminas de oro y bronce  
era bien que se esculpiera.  
Aunque para referirla  
junto con otros poetas  
le pida el favor á Apolo

que me inspire sutileza;  
y con esta confianza,  
é invocando la asistencia  
de todo el coro de musas,  
que son nueve, segun cuentan.  
Esto es en lo fabuloso,  
que en realidad y certeza,



solo aquel Ser de los seres  
y divina inteligencia,  
sin competencia á los hombres,  
reparte su gracia escelsa:  
en este pues confiado,  
daré principio á la letra.  
En la antigua Dinamarca,  
ciudad populosa y bella,  
cuyos altos edificios  
compiten con las estrellas,  
y el sol oculta sus rayos,  
temeroso de que puedan  
sus altas puntas herirle,  
dejando á oscuras la tierra.  
Siendo Rey de este emisferio  
Alejandro el grande, que era  
amado de sus vasallos,  
por su virtud y prudencia:  
y aunque es verdad que los Reyes  
por su sangre siempre heredan  
sus monarquias, no todos  
los cariños se grangean;  
que esto alcanza la razon,  
y la razon no es herencia.  
Este tal prudente Rey  
tenia por heredera  
á Lenia, su bella hija,  
siendo esta hermosa Princesa,  
única, porque su madre  
pagó la forzosa deuda  
en su parto, no atendiendo  
la parca torpe y grosera  
á su corona, que á nadie  
esta enemiga respeta.  
Crióse esta linda niña,  
como ya dije, heredera  
de Dinamarca y su imperio;  
y el cielo dió á manos llenas  
á aquella Princesa hermosa  
dones de naturaleza:

y talento en discrecion,  
Venus en la gentileza,  
Semíramis en lo fuerte,  
y Palas era en belleza,  
que aquella manzana de oro  
á ella sin duda se diera.  
Como era hermosa y bizarra,  
y de su reino heredera,  
los Príncipes confinantes  
pretendian su belleza.  
Entre los muchos señores,  
que formaban la grandeza  
del gran Rey de Dinamarca,  
un deudo suyo, que era  
el Conde Don Federico,  
general de mar y tierra:  
discreto como entendido,  
siendo otro Marte en la guerra  
por su valor invencible,  
en la corte Adónis era.  
Muy querido del Monarca,  
y entre toda la nobleza  
lo eligió su Consejero  
por su saber y elocuencia,  
teniendo tal valimiento,  
que lo que el Conde aconseja  
es solo lo que se hace  
sin alguna resistencia.  
Tenia el Conde una hermana,  
nobilísima Duquesa  
en sus estados, y nunca  
hizo en la corte asistencia.  
El Conde Don Vitorino  
habló un dia á la Princesa,  
diciendo: dueña y señora,  
hermosísima Princesa,  
ya es tiempo, señora mia,  
de que vuestra mano bella  
con un Príncipe se emplee,  
de tantos como desean,



cual esclavos muy rendidos,  
 lograr dicha tan suprema.  
 La Princesa le responde,  
 diciendo de esta manera:  
 Conde, yo tengo un retrato  
 dentro mi pecho, y quisiera  
 que su dueño fuese solo  
 quien lograse mi belleza,  
 mi corona y mis estados;  
 y como aquesto no sea,  
 no se canse el Rey mi padre,  
 ni mi reino lo pretenda.  
 Respondió el Conde: señora,  
 máestremelo vuestra alteza,  
 que os empeño mi palabra  
 de hacer vivas diligencias,  
 aunque en el cabo del mundo  
 ese Príncipe estuviera.  
 La Princesa luego al punto,  
 metiendo su mano bella,  
 sacó del pecho un espejo,  
 y se lo dió muy risueña.  
 El Conde quedó turbado,  
 y le dice la princesa:  
 Conde, pues de qué os turbais?  
 Y el Conde dió por respuesta;  
 Princesa y señora mia,  
 es posible de que quieras,  
 habiendo Príncipes tantos,  
 que aspiran á tu grandeza,  
 pagarte tan mal, señora!  
 Mira, advierte y considera,  
 de que yo soy tu vasallo,  
 tú mi dueña y mi Princesa.  
 Ya he llegado á declararme  
 (dice con palabras tiernas)  
 y así, Conde, tú has de ser  
 el que ciña esta diadema.  
 Considere aquí el discreto,  
 cuando ruega una belleza,

cuando una corona obliga,  
 y un reino se le presenta,  
 qué pudiera hacer ninguno,  
 sino admitir la propuesta.  
 Respondióle cortesano;  
 y Cupido con dos flechas  
 hirió sus dos corazones  
 recíprocos de manera,  
 que se beben los alientos;  
 pero esto con gran decencia,  
 porque nunca á lo atrevido  
 abrieron franca la puerta.  
 A este tiempo á Dinamarca  
 declaró guerra Suecia,  
 y el Rey ordenó que el Conde  
 al punto se previniera,  
 como general que es suyo,  
 á resistirle con fuerza.  
 Obedeció el Conde, y luego  
 fue á verse con la Princesa,  
 diciendo lo que su padre  
 mandaba hacer con presteza.  
 La Princesa aunque sentia  
 de Vitorino la ausencia,  
 con ánimo generoso  
 á la jornada lo alienta.  
 Presentóle un cisne hermoso,  
 que sin duda alguna era  
 uno de aquellos del carro  
 que han fingido los poetas.  
 Mucho lo agradece el Conde,  
 y á su hermana la Duquesa  
 dá cuenta de su partida;  
 y su hermana le presenta  
 armas, y una compañía  
 de esclarecida nobleza,  
 para la guardia y custodia  
 de su persona discreta.  
 Partió luego Vitorino,  
 dando al aire sus banderas,



desplegando tafetanes,  
 y las cajas y trompetas  
 para la Princesa hermosa  
 saetas son que atraviesan  
 aquel corazon amante  
 de la constante firmeza.  
 Fuese el Conde; y yo lo dejo  
 en sus marchas y en su guerra,  
 por decir de Dinamarca,  
 que en aqueste tiempo entra  
 de Albánia un Embajador,  
 y asi qua suvo licencia  
 de presentar su embajada,  
 pidió á la hermosa Princesa  
 para el Príncipe Albanés:  
 y viendo las conveniencias  
 que al reino de Dinamarca  
 seguian de tal propuesta,  
 el Rey y el Consejo todo,  
 sin dar parte á la Princesa,  
 otorgaron la embajada  
 con alegría y con fiesta;  
 y despues de concedida,  
 á la Princesa dan cuenta.  
 La cual triste y pesarosa,  
 viendo á su amante en la guerra,  
 sin tener en este lance  
 quien la ampare ni defienda,  
 y que toda Dinamarca  
 que se case le amonesta,  
 mirando por este lazo  
 del reino la conveniencia,  
 gime, solloza y suspira,  
 sin haber quien la contenga.  
 Con esto se pasó un año,  
 cuando vino de la guerra  
 el general Vitorino,  
 victorioso, de manera,  
 que banderas y despojos  
 fueron su victoria escelsa.

Con tan plausible motivo  
 previenen solemne fiestas  
 en la grande Dinamarca;  
 siendo para la Princesa,  
 el mas eficaz alivio,  
 noticia tan placentera.  
 Entró el Conde, y luego al punto  
 á recibirle se aprestan  
 el Rey con todos sus grandes:  
 salió tambien la Princesa  
 en magnífica carroza  
 á darle la enborabuena.  
 Muy alegre estaba el Conde,  
 cuando el Rey le ha dado cuenta,  
 como tenia casada  
 á su hija la Princesa.  
 El Conde quedó turbado  
 y embargadas las potencias,  
 tanto que al Rey pareció,  
 que algun accidente era,  
 que le asaltó de repente,  
 por la inesperada nueva  
 ú otro fatal incidente;  
 y luego al instante ordena  
 que lo lleven á palacio,  
 cuidando de su ssistencia.  
 Asi pues lo egecutaron;  
 y vuelto en sí, la Princesa  
 le dice: Conde y señor,  
 muchas desdichas me cercan,  
 yo muero desesperada,  
 si es que tú no lo remedias.  
 Llévame, mi bien, de aquí,  
 que en el parage que quieras  
 quiero ser pobre á tu lado,  
 mas que en Dinamarca Reina.  
 El Conde le respondió:  
 no es posible, gran Princesa,  
 porque es hacer traicion  
 á mi sangre y mi nobleza.



La Princesa que le escucha  
tan no esperada respuesta,  
corrida y desesperada,  
le dice de esta manera:  
aveve Conde, mal pagas  
mi cariño y mi fineza.

Y sin aguardar disculpas,  
se fue á llorar su tristeza.  
En donde los dejaremos  
en esta parte primera,  
dando fin en la segunda  
á esta historia placentera.

## SEGUNDA PARTE.

Ya dije que la Princesa,  
desesperada y corrida,  
con la respuesta del Conde,  
á su cuarto se retira:  
donde sus hermosos ojos  
dispararon baterías  
en municiones de perlas  
á sus rosadas mejillas.  
Triste allí se lamentaba,  
y de esta suerte decia:  
ingrato y aveve Conde,  
mal pagaste mis caricias,  
falsas fueron tus finezas,  
y tus promesas mentidas;  
cruel has sido conmigo,  
y de leal te acreditas.  
Finalmente se resuelve,  
aunque con grandes fatigas,  
en otorgar los conciertos  
que con Albánia tenia.  
El Conde cuando lo supo,  
al Rey la súplica hacia,  
le concediese licencia,  
porque era cosa precisa  
el volverse á sus estados,  
según su hermana le avisa:  
por no hallarse al desposorio  
de su Princesa querida.  
El Rey y toda su corte

sintieron esta partida,  
con que el Príncipe de Albánia  
apresuró su venida,  
y en aceleradas marchas  
llegó al palacio ó gran quinta  
de la Duquesa Rosaura,  
hermana, cual dije arriba,  
del Conde Don Vitorino,  
y á recibirle salia.  
Era hermosa la Duquesa,  
y por extremo entendida,  
cariñosa y muy afable,  
y en efecto toda linda.  
El Príncipe vió en sus ojos,  
discrecion y gallardía,  
y Cupido le tiró  
una flecha tan activa,  
que el corazon le atraviesa,  
y el alma quedó cautiva.  
Ya no se acuerda del trato,  
ni concierto á que venia:  
solo á la Duquesa adora,  
y á la Princesa no estima,  
porque solo la Duquesa  
es objeto de su vista.  
Y como con gran cortejo  
estuvo allí cuatro dias;  
en vivo fuego se abasa,  
y por mitigar sus iras,



resuelto allá á media noche  
 hizo la accion atrevida  
 de arrojarle á su retrete,  
 camarín donde dormia.  
 Con una llave maestra  
 una puerta falsa abria:  
 la Duquesa está rezando,  
 y apenas vió su osadia,  
 descolgando dos pistolas,  
 de esta suerte le decia:  
 repórtese vuestra Alteza  
 que á su perdicion camina;  
 ó vive Dios, que en su pecho  
 tiene de ver esculpidas  
 de estos incendios de fuego  
 las balas que dentro abrigan.  
 Por donde entró vuestra Alteza  
 retírese á toda prisa,  
 que á mi pundonor le toca,  
 que nadie del mundo diga,  
 que queriendo á la Princesa,  
 emplea en mí ni aun la vista,  
 ni menos haya sospecha  
 de esta impensada visita.  
 Pero el Príncipe responde:  
 cesen ya, Rosaura mia,  
 cesen mi Duquesa hermosa,  
 tus bien concertadas iras;  
 qué mas valas que tus ojos!  
 qué mas rayos que sus niñas!  
 De Albania la real corona  
 hoy á tus plantas la miras:  
 Duquesa, tú has de ser Reina,  
 mi voluntad esto afirma;  
 mano te doy y palabra,  
 y tambien cédula escrita,  
 con mi sello Real signada,  
 si es que así mi fe acredita.  
 Era el Príncipe galan,  
 y la Duquesa que veía

su noble resolucion,  
 y corona que le brinda,  
 todavía no contenta,  
 le dice, Príncipe, mira  
 lo que emprendes en dejar  
 á la Princesa mi prima;  
 y ofendiendo á Dinamarca,  
 lo que resultar podria.  
 Este es mi gusto, Duquesa,  
 aunque el mundo se arda en ira,  
 tú has de ser reina, Rosaura,  
 aquesto mi fe publica.  
 No estoy, Príncipe, contenta;  
 entra en mi oratorio, y mira,  
 que me jures la palabra  
 ante la imágen divina  
 de un devoto Crucifijo.  
 Y el Príncipe, de rodillas  
 ante aquella Imágen jura  
 la palabra prometida.  
 Despnes, entrando en su cuarto,  
 entre muy dulces caricias,  
 gozó la mas bella flor,  
 de los jardines embidia.  
 Mas el correo del gusto  
 tan velozmente camina,  
 que dentro de breve rato  
 desaparece á la vista.  
 Entre los tiernos arrullos  
 quedó Rosaura dormida:  
 vistióse el Príncipe al punto,  
 y la Duquesa tenia  
 encima de su bufete  
 una carta medio escrita  
 de cariñosos requiebros,  
 que de esta suerte decia.  
*Glorioso capitán mio,  
 mil abrazos dar querria,  
 en lugar de parabienes,  
 á tu dichosa venida.*



Esta era para su hermano;  
 y el Príncipe presumía  
 fuese para algun amante  
 que la Duquesa tendria.  
 Celoso y arrepentido,  
 tomando postas aprisa,  
 á Dinamarca se parte,  
 dejando esta flor marchita.  
 Cuando despertó Rosaura,  
 y sus criados la avisan,  
 que el Príncipe por la posta  
 caminaba á toda prisa,  
 aqui fueron los suspiros,  
 las lágrimas y fatigas,  
 y de su robia cabeza  
 arrancar las hebras finas.  
 De sus galas se despoja,  
 y de luto se vestía:  
 todo de negras bayetas  
 su palacio lo cubria,  
 y metida en su oratorio  
 se está denoche y de dia.  
 Volvamos al Conde ahora,  
 que entre congojas no vistas,  
 á su palacio llegando,  
 en lugar de telas finas,  
 miró todas las paredes  
 de negro luto vestidas.  
 Preguntó: es muerta Rosaura?  
 Y los criados le avisan  
 que no, mas que el oratorio  
 era su cámara y quinta.  
 Entró al oratorio el Conde,  
 y la Duquesa dormida,  
 junto al altar reposaba,  
 toda de luto vestida;  
 y entre sueños y congojas  
 tristemente repetía:  
 Rey soberano y eterno,  
 justicia, señor, justicia;

á vos ha sido la ofensa,  
 y el ampararme os precisa.  
 Ese Príncipe albanés,  
 con palabra afirmativa  
 que ante vos me dió, ha triunfado  
 de mi castidad invicta;  
 y si mi hermano lo sabe  
 tendrá fin mi triste vida.  
 Oyendo el Conde su agravio,  
 mano á la espada ponía,  
 diciéndole: fiera ingrata,  
 pagarás tu demasia.  
 Mas al tiempo de ir á darle,  
 hácia el Crucifijo mira,  
 y un impulso sobre humano  
 su cólera detenía.  
 La espada le cae al Conde,  
 é hincándose de rodillas,  
 el prodigio le suspende,  
 y su intento le horroriza.  
 Despertando la Duquesa,  
 vió el peligro, y se confía  
 en el Señor poderoso,  
 que aplacó tan nobles iras.  
 Contó el suceso á su hermano,  
 y el Conde le ha dicho: aprisa,  
 desnúdense esas paredes,  
 vístansen de telas ricas:  
 ponte tus mejores galas,  
 y á Dinamarca camina,  
 que mientras ciña esta espada,  
 nada á mí me atemoriza.  
 Dejémoslos en su marcha,  
 y vamos á la alegría,  
 las fiestas y los torneos  
 que en Dinamarca se hacian,  
 celebrando con aplauso  
 del Príncipe la venida.  
 La boda se dilató,  
 porque la Princesa invicta



estaba un poco indispuesta  
 de graves melancolías.  
 Y solo por alegrarla  
 dispusieron cierto dia  
 unos torneos de gala,  
 y con garvo y gallardía  
 el Príncipe salió á ellos;  
 mas á la primer corrida  
 se le desbocó el caballo:  
 válgame Dios, qué desdicha!  
 Midió la tierra, infelice,  
 y socorriéndole aprisa,  
 sin sentido lo llevaron  
 á palacio, y la caída  
 le atormentó tanto el pecho,  
 que estuvo así medio dia,  
 de físicos rodeado,  
 y con muchas medicinas.  
 En esto al Rey avisaron  
 como á palacio venia  
 el Conde con la Duquesa,  
 su sobrino y su sobrina.  
 Salió el Rey á recibirlos,  
 y contando la desdicha  
 del Príncipe, dijo el Conde:  
 pues gran señor, mi venida  
 solo es á pedirlos campo  
 contra quien me tiraniza  
 el honor con falsedades,  
 con promesas y mentiras.  
 Contóle en fin el suceso,  
 y el Rey suspenso se admira.  
 En esto el Príncipe vuelve  
 al poder de medicinas:  
 y cuando vió á la Duquesa,  
 le dice: prenda querida,  
 tú eres Princesa de Albánia,

aunque yo pierda la vida.  
 En el otro mundo he estado,  
 y la justicia divina,  
 ante quien te dí palabra,  
 con grande enojo me avisa,  
 que te cumpla lo que debo,  
 si no quiero ver sus iras;  
 con que mi esposa has de ser  
 aunque me cueste la vida.  
 El Rey replicó entonces,  
 ¿pues cómo con atrevida  
 desvergüenza has engañado  
 á la Duquesa mi sobrina,  
 á un mismo tiempo, dejando  
 desairada y afligida,  
 tu insolencia criminal,  
 á mi hija muy querida?  
 Y la Princesa responde,  
 mostrando grande alegría:  
 padre, yo tengo ya esposo  
 tan bueno y de igual estima.  
 Quién és? le pregunta el Rey.  
 El Conde hincó la rodilla,  
 en breve dándole cuenta  
 de sus venturosas dichas,  
 de su lealtad y nobleza,  
 y el valor que le acredita.  
 Con que toda Dinamarca,  
 con júbilos y alegrías  
 celebraron las dos bodas  
 que se hicieron en un dia.  
 De tan peregrino caso  
 tuvo el Poeta noticia,  
 y dió á la prensa estos rasgos;  
 y al auditorio suplica  
 que perdonen de su pluma  
 las faltas inadvertidas.

F I N.